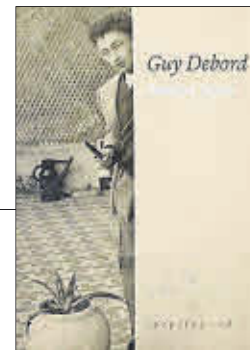


Guy Debord
Anselm Jappe

Traducción de
Luis Andrés Bredlow
Pepitas de Calabaza
272 páginas. 22,90 euros



Escaparate de mercancías averiadas

Pepitas de Calabaza recupera la magnífica aproximación a Guy Debord que Anselm Jappe publicó en 1993

LORENZO LUENGO

Guy Debord (París, 1931- Bellevue-la-Montagne, 1994) era un excéntrico en un mundo que se iba sumiendo en la monotonía, primero

de los síntomas de un mal que aún no ha recibido tratamiento: la enfermedad del bienestar. En 1952, con 21 años, trató, si no de despertar a ese mundo, por lo menos de hacerle abrir los ojos, siguiendo el

ejemplo de los surrealistas. Así fue cómo en el Cineclub de la Vanguardia de París proyectó una película sin imágenes –*Aullidos por Sade*–, con guión y dirección propios: el público se amotinó y no volvió a proyectarse hasta cinco años después en Londres. También en 1952, fundó la Internacional Letrista, con su razonable lema (pintado por su mano en la calle de Seine y recuperado más tarde por los huelguistas de mayo del 68): *No trabajéis jamás*. Comenzó a buscar inspiración en el alcohol, su venero de visiones y a veces de pesadillas, y del que en *Panegyrique*, ya consciente de que la embriaguez a la Baudelaire había destrozado su salud, se declaraba sin embargo un fiel enamorado.

Nunca se creyó un filósofo, sino un estratega, un entendido en tableros y trebejos. La ciudad, también como un tablero, era un plano abierto que favorecía la deriva, el encuentro con las geografías y las historias olvidadas –y las relaciones inconscientes entre unas y otras, invocadas por el paseo sin propósito– que se ocultaban tras edificios conocidos y mobiliario urbano.

Fue un descendiente indirecto de los grandes emancipados de la historia, sempiternamente asomados a la ventana desde la que Hegel vio pasar a las tropas napoleónicas tras la batalla de Jena, y un hijo no reconocido de los primeros luditas que renegaron de los avances tecnológicos, aquellos que, como Thoreau, se re-

tiraron a los bosques –para Debord se hallaban metafóricamente en el viejo París aún no asaltado por el urbanismo moderno– y cuya progenie se extendió por una vía soterrada hasta el verano del amor, y por otra, más soterrada aún, hasta las peripecias de la nueva era y su conspiración de Acuario. Es probable que su herencia más fantástica se localice, no obstante, en el californiano instituto Jejuné y sus extraños juegos con la realidad, pero tampoco sería exagerado afirmar que las intenciones de Debord de hacer saltar por los aires «las máquinicas de la permisividad consumista» tuvieron a su heredero más extremo en la figura del ermitaño de los bosques de Montana, Kaczynsky.

El futuro distópico ya está aquí

‘La glándula de Ícaro’ es una brillante colección de relatos en la que Anna Starobinets delinea un porvenir aterrador, muchas veces desdibujando o exagerando elementos del presente

ALFONSO VÁZQUEZ

A la hora de dibujar un futuro distópico, el maestro ruso Evgueni Ivánovich Zamiátin se adelantó con *Nosotros*, una obra de 1920 prohibida por la dictadura soviética, que marcó el camino al 1984 de George Orwell. Tampoco hay que olvidar las sendas literarias alejadas del realismo patrio de *El maestro y Margarita* de Mijaíl Bulgákov, que mezcló aquí lo imposible –la llegada del demonio a Moscú– con la sátira político social. Así que no surge de la nada en su país una figura como la periodista moscovita Anna Starobinets (Moscú, 1978), premio de la Sociedad Europea de



Anna Starobinets

La corrupción con disfraz populista

En ‘El número uno’, John Dos Passos realiza un retrato feroz y descarnado de la inmoralidad y la depravación política

FRANCISCO RECIO

El número uno puede que no sea la mejor novela de John Dos Passos (Chicago, 1896-Baltimore, 1970) pero sí su mejor retrato literario y

social de la inmoralidad y la depravación política. Si queremos conocer cómo alcanzar la gloria y la supervivencia política sin reparar en medios inmorales para lograr esos fines, deberemos leer *El*

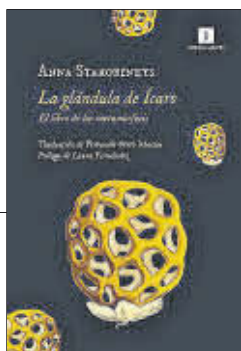
príncipe, de Nicolás Maquiavelo. Pero los tiempos cambian y, aunque los fines sean exactamente los mismos –lograr y detentar el poder a toda costa–, los métodos, siendo igual de espurios, se van volviendo más sofisticados, más engañosos, de manera que son incluso bien vistos por la ciudadanía y sus amplias tragaderas.

Es aquí donde la lectura de *El número uno* se hace necesaria al mostrarnos a plena luz una radiografía prácticamente universal de la corrupción política, no importa dónde. Pero Dos Passos quiere ir más allá en este relato, que ahora oportunamente recupera y reedita *Impedimenta*. No quiere retratar solo al corrupto, dispuesto

Era el mejor cuando ponía su pluma al servicio de la crónica política y social, como demuestra esta novela con grandes dosis de excelencia literaria

a todo, sino también, y de manera más alarmante, al visionario, al iluminado político que, provisto de un andamiaje ideológico superficial y estúpido, consigue liderar a una masa de ingenuos y alcanzar así sus objetivos de corrupción.

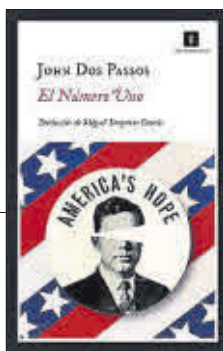
El escritor estadounidense conocía bien todo ese mundo de tramoya política. De hecho, realizó un largo viaje desde sus posiciones comunistas iniciales –con las que rompió tras conocer los métodos estalinistas en la Guerra Civil española– hasta las más conservadoras del panorama norteamericano, apoyando a Barry Goldwater 30 años después. Al escribir *El número uno* sabía muy bien de lo que hablaba.



La glándula de Ícaro

Anna Starobinets

Traducción de Fernando Otero Macías
Impedimenta
256 páginas. 22,80 euros



El número uno

John Dos Passos

Traducción de Miguel Temprano
Impedimenta
256 páginas. 22,50 euros

Sobre un hombre semejante, ¿qué clase de libro se puede escribir? Ninguno como el que escribió en 1993 Anselm Jappe (Bonn, 1962) y que ahora recupera Pepitas de Calabaza. El propio Debord, que recibió el libro en Venecia de un joven y desconocido Jappe cuando se disponía a abrir de una patada las puertas de la muerte, fue el primero que se vio sorprendido: «Aprecio enormemente la profundidad de su pensamiento, su conocimiento y la simpatía y comprensión que me profesa: su objetividad supone un agradable contraste respecto a los extravagantes pero calculados malentendidos que muestran nuestros contemporáneos, aunque me parece que ha sido usted bastante indul-



Anselm Jappe

gente conmigo». Estas palabras, que Jappe tiene la modestia de no incluir, no tienen por qué suponer una prueba de su calidad. Es aquí donde al crítico le toca determinar si esa prueba ha sido superada más allá de cualquier posible vanidad interesada, y al menos este no puede dejar de encontrar en el ingenio y la elegancia de Jappe lo que uno solo halla en los libros destinados a ser compañeros de viajes, de paseos, de insomnios y fatigadas mesillas.

Habla de Debord y de su tiempo, de todas esas tramas enrevesadas que pasan por Hegel, Marx, Lukács, Lefebvre, hasta el descubrimiento que los situacionistas hicieron de la vida como espectáculo (y no precisamente uno que merezca siempre

la pena protagonizar), pero también habla de nosotros como víctimas y escaparates de una sociedad que ha hecho de cada cosa, y en especial las hoy personas/cosas, su propio mensaje y su propia mercancía. Por otro lado, también está el propio Debord para señalarnos, aunque sea oblicuamente, la grandeza de esta obra (y la posibilidad de que exista una maldición en la biografía de un viviente): un hombre que entendió la vida como un juego, en parte un simulacro y en parte un sofisticado sistema de alucinaciones, decidió abandonar este mundo poco después de la lectura que hizo de sus páginas, como si hubiera llegado a la conclusión de que, dicho esto, no se podía decir nada más.

Ciencia Ficción en 2018, entre otros galardones internacionales.

Impedimenta, que publicó en 2017 *Tienes que mirar*, las dolorosas memorias personales por la pérdida de un hijo, presenta ahora *La glándula de Ícaro*. El libro de la metamorfosis, una brillante colección de cuentos en la que la autora delinea un futuro aterrador, en muchos casos desdibujando o exagerando elementos de nuestro presente para poner al lector a reflexionar.

El motivo principal de la obra reside en unas metamorfosis que, lejos de apoyarse en la mitología, tienen en la genética y en los avances de un futuro –inquietantemente cercano– su razón de ser.

La autora moscovita, hoy físicamente alejada de la Rusia de Vladimir Putin, ya es un valor seguro de la ciencia ficción

También se asomó y mucho a un futuro nada apacible el norteamericano Ray Bradbury, pero en sus *Crónicas marcianas* y en muchos de sus cuentos imperaba ese gusto por la literatura popular de líneas sencillas y efectistas con sus gotas personales de poesía.

Por el contrario, los cuentos de Starobinets podrían compararse con el estilo desasosegante de Sara Mesa –que no se dedica a este género– y con la introspección de Stanislaw Lem. En suma, un sello propio que nos deja buenos cuentos como *El parásito*, una historia de teología ficción por la que revolotea la sombra de un ángel, y *La frontera*, canto terrorífico a la inmortalidad

Sus cuentos recuerdan al desasosegante estilo de Sara Mesa, que no se dedica al género, y a la introspección de Stanislaw Lem

mediante el salto de especies. Sin duda, el más moralizante es *Spoki*, vuelta de tuerca a la adicción infantil a las pantallas. *Siti*, otro de los relatos, es una fina sátira sobre la ciudad ultramoderna y celebrada, como la que algunas dictaduras del petróleo construyen a golpe de talonario. En cuanto al cuento que da título al libro, se trata de una reflexión sobre un mundo feliz en el que la hombría se puede domeñar. Y todo, marcado por un tenue *in crescendo* que, de forma maestra, va envolviendo las historias hasta su conclusión. Starobinets, una autora hoy físicamente alejada de la Rusia de Vladimir Putin, ya es un valor seguro de la ciencia ficción.



John Dos Passos

ROGER VIOLLET

El protagonista de la novela es Homer T. Crawford, un auténtico animal político, hecho a sí mismo y dispuesto a todo. Nadie en el circo público se maneja como él. Nadie le gana a astucia ni a elocuencia, y nadie entiende a las masas como él las entiende. Es número uno en popularidad, número uno en contactos, número uno en favores. Número uno también en corrupción, demagogia y escándalos privados. Pero nada de esto parece suponer un obstáculo para las ambiciones políticas de este hijo predilecto de Oklahoma.

Dos Passos solo tuvo que inspirarse en Huey Pierce Long, que gracias a sus métodos populistas y radicales consiguió llegar a gober-

nador de Luisiana y senador de este mismo estado. Carismático e inmensamente popular con sus programas de reforma social y de construcción de carreteras y puentes, se sirvió de ello para esconder sus despiadados métodos autocráticos. Rodeándose de guardaespaldas parecidos a gásteres, quitaba y ponía directamente a los miembros de la legislatura, utilizando la intimidación si lo consideraba necesario.

Long también condujo una extensiva *purga* de funcionarios estatales para asegurar puestos políticos claves a sus subordinados, exigiendo que estos a su vez aportaran dinero de sus propios salarios para su causa política

Dos Passos se consideraba a sí mismo ante todo un escritor de crónicas contemporáneas. Prefería el apodo de *cronista* porque era mucho más feliz trabajando al borde de la ficción y la no ficción. Ambos géneros se beneficiaron de su dominio de la observación, su ojo de cámara y su sentido del contexto histórico.

Por ello logró que *El número uno* fuera un éxito literario: porque combina a la perfección la crónica política y social con una ficción coherente y muy pegada a la realidad, y todo ello con una dosis de excelencia literaria que solo poseían contemporáneos como William Faulkner, Ernest Hemingway y Scott Fitzgerald.